

UNA VIVENCIA PERSONAL DE GABRIELA MISTRAL: SUS RECUERDOS DE INFANCIA

Yo repartía el papel de la escuela a las alumnas. Era yo más que tímida; no tenía carácter alguno y las alumnas me cogían cuanto papel se les antojaba, con lo cual la provisión se acabó a los ocho meses o antes. Cuando la directora preguntó al curso la razón de la falta de papel, mis compañeras declararon que yo era la culpable, pues ellas no habían recibido sino la justa ración. La directora, aconsejada por una hermana nuestra, salió sin más hacia mi casa y encontró el cuerpo del delito. Es decir, halló en mi cuarto una cantidad enorme no sólo de papel, sino de todos los útiles escolares fiscales.

Habría bastado pensar que mi hermana era maestra de escuela y que yo tomaba de ella cuanto necesitaba.

Yo no supe defenderme; la gritería de las muchachas y la acusación espantosa de la maestra me aplanó y me hizo perder el sentido. El escándalo había durado toda la tarde, despacharon las clases y todas salieron. Las compañeras que se iban por mi calle me esperaban en la plaza de Vicuña. Allí, me recibieron con una lluvia de insultos y de piedras, diciéndome que nunca más irían por la calle con la ladrona.

Esta tragedia ridícula hizo tal daño en mí, como yo no sabría decirlo. Mi madre vino a dar explicaciones a la maestra ciega acerca de mi robo. La directora que ejercía una influencia muy grande sobre las personas, porque era mujer inteligente y bastante culta para su época, logró convencer a mi madre de que, aunque yo fuese inocente, habría que retirarme de esa escuela. Le dijo que no me llevara a otra, porque yo no tenía dotes intelectuales de ningún género y solo podría aplicarme a los quehaceres domésticos.